

¡A!

¡A!

**PROYECTO EDITORIAL DE ¡Autonomía! ¡Automatización!,
DISPOSITIVO PARA EL FOMENTO DEL PENSAMIENTO CRÍTICO
CONTEMPORÁNEO EN TEA. TENERIFE ESPACIO DE LAS ARTES**

¡Autonomía! ¡Automatización!

Editado por:

TEA. Tenerife Espacio de las Artes
Avda. de San Sebastián, 10.
38003 S/C de Tenerife.
Islas Canarias
(+34) 922 84 90 90
tea@tenerife.es
teatenerife.es

Equipo editorial

Director editorial

Néstor Delgado

Redactor jefe

Alejandro Castañeda

Coordinadora de las sesiones

Dani Curbelo

Diseño y maquetación

María J. Requena Durán

Fotografía

Uve Navarro

Impresión

Somos Imagen S.L.

© de la edición: TEA. Tenerife Espacio de las Artes

© de las imágenes: sus autores

© de los textos: sus autores

ISBN: 978-84-120486-2-9

Depósito Legal: TF 657-2019

CABILDO INSULAR DE TENERIFE

Presidente del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife
Pedro Manuel Martín Domínguez

Consejera Insular del Área de Educación, Juventud, Museos, Cultura y Deporte
Concepción Rivero Rodríguez

Director Insular de Cultura
Leopoldo Santos Elorrieta

TEA TENERIFE ESPACIO DE LAS ARTES

EQUIPO DE TEA TENERIFE ESPACIO DE LAS ARTES

Gerente
Jerónimo Cabrera Romero

Director Artístico
Gilberto González

Asistencia a la Gerencia
María Milagros Afonso Hernández

Conservador Jefe de la Colección
Isidro Hernández Gutiérrez

Departamento de Actividades y Audiovisuales
Emilio Ramal Soriano

Departamento de Educación
Paloma Tudela Caño

Departamento de Producción
Estíbaliz Pérez García

Protocolo y Relaciones Externas
María Marrero Valero

Diseño Gráfico
Cristina Saavedra
Gonzalo Manuel Ruiz Ortega

Área de Registro Colecciones
Vanessa Rosa Serafin (Integra CEE)

Director de Mantenimiento
Ignacio Faura Sánchez

Jefe de Mantenimiento
Francisco Cuadrado Rodríguez

Comunicación
Mayte Méndez Palomares (A.E.G.B.)

Becarias de posgrado
Daniel Arias de laRiva
Estefanía Martínez Bruna
Cristian D. Pérez Jaubert

Centro de Fotografía Isla de Tenerife (CFIT)
Departamento Administrativo CFIT
Rosa Hernández Suárez

Departamento Técnico CFIT
Emilio Prieto Pérez

Área de Registro CFIT
Sara Lima (Integra CEE)

Índice

Introducción	7
_Patricia Fernández Antón	13
<i>Lo-fi Links</i> , 2017	
I. ¡Hola, mundo!	
_José Díaz Cuyás	17
Moverse automáticamente	
_Paula García Masedo	40
Hacer aparecer un coche	
_Patricia Fernández Antón	49
<i>Lo-fi Links</i> , 2017	
_Beatriz Ortega Botas y Alberto Vallejo	50
La artífice, la embaucadora, la fabricadora de trampas	
_Gloria López-Cleries	62
So just dance, dance, dance...	
_Patricia Fernández Antón	71
<i>Lo-fi Links</i> , 2017	
_Cristina Maya León	73
¡Kitt! ¡Te necesito!	

II. Sin pausa y sin límites

_Daniel Barreto	81
Técnica y progreso. Una crítica a partir de Walter Benjamin y Günther Anders	
_Ramón Salas	94
Notas para una (re)definición del espacio de relación (dialéctica) entre el arte y el trabajo	
_Patricia Fernández Antón	113
<i>Lo-fi Links</i> , 2017	
_Sofía Gallisá Muriente_Pablo Guardiola	
_Michael Linares	114
Notas para el Manual del empleado ilustrado	
_Pablo López Álvarez	124
Lo imposible y lo inevitable. Aspectos del neoliberalismo	
_Edu Fernández	134
Battle Royale	
_Patricia Fernández Antón	145
<i>Lo-fi Links</i> , 2017	
Biografías	146

Notas para una (re)definición del espacio de relación (dialéctica) entre el arte y el trabajo

Ramón Salas

La evolución de las formas de trabajo necesariamente influye en las formas de producción artística, pero no siempre de manera mimética. De hecho, cabría calificar estas relaciones de contrastivas. Esto lo vio claro Nicolas Bourriaud en su temprano libro *Formas de vida. El arte moderno y la invención de sí*¹. La claridad de su introducción bien podría servirnos de punto de partida para analizar lo mucho que ha cambiado en estos últimos 20 años el concepto de trabajo. Bourriaud consagra su libro a destacar la creciente importancia de los modos de producción en la concepción e interpretación del arte contemporáneo. Hoy diríamos que hemos asistido a una progresiva “modelización” de la estética, que se interesa cada vez menos en los objetos resultantes del proceso de creación y en las experiencias privadas

ligadas a su recepción, y cada vez más en *el modo* en que ese proceso se plantea, se articula contextualmente, se sostiene social y económicamente, se difunde, recibe y percibe, e incide y repercute en su contexto. Cada vez es más habitual concebir e interpretar el objeto artístico –cuando este se materializa– como indicador o marca de una forma de trabajo que incluye su producción, reproducción y posproducción –y, sobre todo, de cómo esos modos de hacer *modelan* las subjetividades en ellos implicadas. Bourriaud sitúa el comienzo de esta tendencia “a finales del siglo diecinueve, en el momento en que la racionalización del trabajo imponía normas draconianas – el taylorismo y el fordismo–, permitiendo la producción en masa y la estandarización de los bienes de uso”².

1. 1999, Cendeac, 2009.

2. *Op. cit.*, p.12.

A partir de este momento fundacional se plantea una interpretación de esas relaciones contrastivas entre arte y trabajo que bien podría considerarse canónica: el arte moderno pone en escena las formas de producción para reflejar “la miseria de lo cotidiano y la vacuidad de nuestros trabajos”³. El diagnóstico es bien conocido: el proceso de modernización implica la alienación de la fuerza de trabajo, en su proceso de acumulación primaria el capitalismo nos desposeyó de nuestra relación orgánica con los medios de producción –con la tierra y sus frutos, con las herramientas básicas del artesano– con el fin de sumirnos en tal grado de miseria que el único recurso que nos quedara para subsistir fuera la enajenación de nuestro trabajo. Conviene recordar que el trabajo en la modernidad nunca fue solo una categoría económica sino antropológica: el humano se percibe a sí mismo como *homo faber* que realiza su propia naturaleza trabajando. De ahí que la transformación del trabajo en mercancía y la consecuente tasación de su valor en función de su precio –es decir, no en virtud de su capacidad de satisfacer necesidades orgánicas (de alimento, cobijo, realización personal...) sino de convertir el dinero en capital– se perciba como una degradación de la condición humana. En este contexto –paradigmáticamente representado en las cadenas de montaje tayloriano-fordistas y en las

oficinas-paisaje llenas de trabajadores realizando en silencio monótonas tareas mecánicas y repetitivas– el arte se presentaba como reserva de una forma orgánica, en extinción, de relación con el mundo.

La modernidad artística, subproducto de la civilización industrial, nace en el corazón del proceso de racionalización del trabajo. Por supuesto, el primer combate de la pintura moderna consistirá en conquistar su autonomía expresiva, pero esa reivindicación no es sino el preludio de una lucha a muerte contra la nueva ideología del trabajo: el arte moderno tiene como objetivo constituir un espacio en que el individuo podría al fin desplegar la totalidad de su experiencia e invertir el proceso desenscadenado por la producción industrial, que reduce el trabajo humano a la repetición de gestos inmutables en una cadena de montaje controlada por un cronómetro. El pensamiento de Marx participa plenamente en el desarrollo de este programa, mostrando que la producción de bienes materiales (la *poiesis*) y la producción de sí a través de prácticas individuales (la *praxis*), son equivalentes en el cuadro general de la producción de las condiciones de existencia de la colectividad. El arte moderno, y ésta es su virtud principal, rechaza considerar como algo separado el producto acabado y la existencia. *Praxis* igual a *poiesis*. Crear es crearse.⁴

Esta representación del valor dialéctico del arte pasa por la identificación del fordismo con un sistema de produc-

3. *Ibid.*

4. *Op. cit.*, p.13.

ción –es decir, con el taylorismo. Pero “el invento” de Ford no fue la cadena de montaje, sino algo mucho más complejo: el consumidor. Un personaje capaz de asumir la creciente productividad que aseguraba “el invento” de Taylor. Su política de salarios altos y jornadas cortas –unida a un complejo proceso de orientación, mediante asistentes sociales incorporados a la plantilla, del deseo de los trabajadores hacia el consumo de mercancías a través de la integración en el sistema productivo del “tiempo libre”, antaño descomercializado– posibilitó que las rentas del trabajo se revirtieran al sistema productivo. No podemos extendernos en la representación pormenorizada del fordismo, pero sí debemos tener en cuenta que no imaginaba “el trabajo” como una actividad meramente productiva alienada de la realización estética de la existencia. El fordismo hizo del deseo, desvinculado de la necesidad –es decir, estetizado–, el motor del consumo; y, evolucionado luego en keynesianismo, convirtió el trabajo en modelo de representación de la existencia, dotándole de una dimensión simbólica y superestructural evidente. Ford convirtió la relación salarial con sus empleados en la base de la negociación de los estilos de vida que definirían la sociedad de consumo –que hoy, que vivimos en una sociedad realmente definida por el consumo, estamos empezando a llamar, mucho más ajustadamente, “sociedad del trabajo”.

Si el trabajo es hoy un asunto relevante para el pensamiento estético no es solo porque “la obra de arte moderna reclama una economía global del signo que reagrupe, más allá del objeto visible al que conduce, un conjunto de elementos que tenemos en cuenta con desgana: las circunstancias de su producción, la manera en que el autor pone en juego su propia existencia, las relaciones que la obra mantiene con su público...”⁵ sino, sobre todo, porque, aún hoy, el trabajo –y su descomposición– opera como modelo simbólico para la representación integral de la vida.

En *La biblia* el trabajo se describe como maldición divina. Y en el mundo clásico se considera cosa de siervos y esclavos, carentes de “derechos civiles” –el debate en la esfera pública quedaba reservado para los que estaban liberados de la necesidad de trabajar. Será la reforma de Lutero –y su paradójico proceso de secularización– y su evolución calvinista –que santifica la prosperidad material– la que dé prestigio al trabajo. Y la Ilustración y su ética protestante la que lo identifique con la realización de la naturaleza humana. Obviamente, ese trabajo dignificante estaba reservado para la burguesía. La plebe, despojada en el proceso de acumulación primaria de sus medios de producción orgánicos, se vio obligada a vender al mejor postor su fuente de dignidad. Pero precisamente el marxismo proporcionó a las masas

5. *Op. cit.*, p.15.

obreras la conciencia de clase que les permitiría definirse sociopolíticamente en función de su trabajo.

El empleo *–un* trabajo que proporcionaba lo suficiente para alimentar a una familia y dignificar su vida–, fue inconcebible hasta el fordismo y quimérico hasta “los gloriosos 30” –la etapa, entre la Segunda Guerra Mundial y la crisis de los 70, en la que el fordismo dejó de ser un modelo socioeconómico para convertirse en una cultura. Solo en esta corta –pero influyente– etapa el trabajo se convirtió de manera generalizada en “forma de vida”, que proporcionaba no solo ingresos y ocupaciones sino una carrera profesional, que permitía realizar, si no siempre una vocación, sí una tarea imprescindible y socialmente reconocida. En consecuencia, permitía sentirse partícipe e integrante de una comunidad. Precisamente porque no producía solo beneficios individuales sino un modelo integral de sociedad, se vio sometido a un proceso de regulación jurídica, política y económica que protegía no solo la contrapartida salarial por la plusvalía explotada por el empresario sino las prestaciones sociales vinculadas a esa renta: el estado del bienestar en su conjunto, que proporcionaba seguridad integral sobre los riesgos asociados a la alteración de la normalidad productiva: la vejez, el desempleo, la enfermedad o las contingencias. El trabajo, como actividad colectiva generadora de riqueza y solidaridad social se convirtió en la base de la ciudadanía republicana y sus

derechos, en el contexto del convenio colectivo –convertido en pacto social– y del Estado garantista. No era una mercancía, ni una ocupación de 8 a 3, sino el referente del imaginario de lo público, el fundamento del Estado-nación, el modelo de representación política institucionalizada que determinaba las reivindicaciones –más genéricas, como el bienestar y la seguridad, y más concretas, como la educación, la sanidad, la jubilación– cuya defensa colectiva daba cuerpo y sentido a “lo social”, que era un “beneficio colateral” del trabajo en su sentido integral.

El derecho del trabajo institucionalmente amparado –las crisis del estado nación y del derecho del trabajo son absolutamente paralelas– protegía al trabajador como base de la ciudadanía: era el fondo contra el que el ciudadano representaba su papel. Cuando las revoluciones burguesas plantearon un giro de 180° en la orientación de la fuente de legitimación y dejaron de buscarla en el pasado para orientarla hacia el futuro, provocaron una inquietante pérdida de identidad: los seres humanos dejamos de ser lo que éramos –es decir, lo que habían sido nuestros ancestros, de los que heredábamos los atributos: raza, religión, lengua, tradiciones y formas de vida– y comenzamos a ser lo que fuéramos capaces de hacer con lo que la naturaleza nos había dado –mutando la identidad en perfectibilidad. Esa revolución produjo tantas posibilidades vitales como inquietudes. Y el escenario

en el que durante años se gestionó esa inseguridad fue “el trabajo”, entendido no como tarea coyuntural sino como “carrera”, el fundamento narrativo de la subjetividad fordista y de su cultura. Una cultura basada en la estabilidad, el compromiso y el largo plazo tanto en la vida privada –matrimonio, familia–, intelectual –coherencia, estilo–, productiva –ética del trabajo, autodisciplina–, laboral –contrato permanente, fidelidad a la empresa, promoción por antigüedad– o política –derechos, prevención, seguridad. Una cultura “progresista” porque concebía el tiempo de manera lineal y continua, sometido a planificación y coherente con un relato colectivo, a través de escenarios estables y sucesivos: unos estudios acotados –la carrera– orientados a una titulación definida que proporcionaba “otra carrera”, ahora laboral, generalmente en la misma empresa o sector, con una trayectoria moderadamente ascendente, con cambios previsibles entre categorías homogéneas, determinada por la cualificación inicial y basada en el valor incontrovertible de la antigüedad –y sus categorías correspondientes como la experiencia, fiabilidad, fidelidad... Esta temporalidad homogénea y lineal, integradora, racional, administrada y contractual –muy diferente del tiempo carismático y providencial de la sociedad tradicional– era perfectamente coherente con el relato de la subjetividad burguesa: una vida en tres fases –educación, producción y

retiro– simétricas a las fases del mayor invento estético de la burguesía, la novela: planteamiento, nudo y desenlace.

Este relato burgués, cuyas dimensiones política –lo público y lo social–, económica –relaciones de producción– y estética –imaginarios del bienestar, de la realización personal y la “vida buena”– eran indisolubles, fue –con todo su aparato conceptual: sujeto, administración, racionalidad, voluntad, dominio de la naturaleza, autorrepresión, malear cultural, progresismo, patriarcado, supremacismo y sexismo– el modelo contra el que actuó dialécticamente la revolución contracultural que conoció el arte entre 1965 y 1975 y que hoy funciona como referente fundamental del autoentendimiento del arte actual. Es frente a esa imagen de varones blancos encorbatados y embutidos en trajes grises, a juego con sus vidas previsibles y monótonas, pero normativas e impositivas; de sus casas clonadas en zonas residenciales y de sus trabajos rutinarios, mecánicos y rígidamente administrados, contra la que se plantearon los *modos de hacer* contrastivos del arte posmoderno, basados en situaciones que sobrepujaban la continuidad lineal y reivindicaban el aquí y ahora del acontecer, que no se marcan el objetivo de producir –más– bienes sino experiencias merecedoras de tal nombre precisamente por “epatar” al burgués y su relato.

Pero esta estética situacionista triunfó coincidiendo con la crisis del modelo

socio-político-laboral fordista y, por lo tanto, actuó como la palanca cultural que necesitaba la reconversión interna del capitalismo hacia su fase posfordista. Razón por la cual cuesta dejar de percibir el arte posmoderno como la “lógica cultural del capitalismo avanzado”⁶ y, consecuentemente, las aporías de sus continuadores. En efecto, entre 1968 y la crisis del petróleo de 1973, el capitalismo provocó los cambios que permitirían el advenimiento del posfordismo, que también vio en la evolución de las formas de trabajo un elemento simultáneamente material y simbólico. Si por “trabajo” entendemos no ya una actividad por cuenta ajena remunerada sino el constructo cultural antes descrito, el posfordismo no supondría una reforma del modelo de trabajo sino su literal y sistemática destrucción.

La crisis de los 70 estuvo ligada a la sobreproducción de productos homogéneos orientados a una sociedad de masas que ya no podía absorber más aparatos, entre otras cosas porque los que había adquirido en esa progresión de consumo bio-formativo estaban fabricados por cabales operarios calvinistas ajenos a la programación de obsolescencia. Vamos, que no se rompían. Como un tercio del mudo era comunista y el otro tercio estaba “subdesarrollado”, una vez que todos los “ciudadanos”

del primer mundo (WASP) tuvieron nevera ya no hubo manera de vender más neveras. Cuando las empresas dejaron de pagar los salarios y los impuestos que soportaban, el Estado del bienestar y su imaginario integral colapsó debido a un problema que se diagnosticó sin atisbo de duda: la rigidez. La oferta rígida de bienes homogéneos, dirigida a un consumidor con unos modelos rígidos de socialización que se “conformaba” con un catálogo rígido de objetos, estaba organizada por modelos laborales rígidos, rígidamente protegidos por un sistema legal rígido salvaguardado por un Estado con unos compromisos rígidos. Con un diagnóstico tan concluyente, el tratamiento parecía evidente: flexibilidad.

La revolución (contra)cultural consiguió convencernos de que la igualdad –la aspiración central del fordismo– solo provocaba autorrepresión y adocenamiento, que solo podía tratarse mediante el nuevo remedio integral posfordista: la diferencia. El capitalismo solventó su crisis de excedentes reorientando el gusto fordista al convencer al ciudadano de que ya no tenía que querer lo que tenía su vecino, sino algo diferente. Desprestigió al consumidor –que tanto le costó formar a Ford– tachándolo de materialista por comprar objetos, para redimirle mediante el consumo de bienes cuya posesión nunca pudiera satisfacerle ni, por lo tanto, *conformarle*: experiencias. El capitalismo había colapsado por orientarse a la satisfacción de necesida-

6. Fredric Jameson: *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 1991.

des –sin duda simbólicas, pero generadas en un marco social compartido que las convertía en básicas. En lo sucesivo debería orientarse a crearlas.

Este nuevo objetivo prescribía flexibilidad en la oferta de bienes diferenciados y personalizados, orientados a nichos de mercado segmentados. Una oferta muy cambiante adaptada a ciclos cortos que debía evitar la fuente de todos los males: la inmovilidad. Cualquier elemento estable, ya fuera un objetivo, un producto, un local o la propia fuerza de trabajo debía fluidificarse. Tradicionalmente, las empresas producían bienes. Ahora tratan de superar ese lastre orientándose al servicio. Es paradigmático que Redbull comenzara siendo una bebida energética que se publicitaba patrocinando deportes de riesgo y hoy sea una promotora de espectáculos de riesgo que se publicita con bebidas energéticas; pero más aún que Airbnb, la mayor empresa hostelera, no tenga alojamientos o que Uber y Cabify, las mayores empresas del transporte no tengan vehículos. Ni, por supuesto, trabajadores. La empresa se ha hecho posmoderna, no vende productos materiales –poco fluidos– sino experiencias, sensaciones, modos, y debe estar especialmente atenta a las maneras de comercializar esos modos.

Ahora los esquemas de acción pasan a observar el servicio que presta a los individuos, un servicio que incluye el producto pero no se limita a él (...). El servicio no se limita al producto clásico, sino que lo engloba y lo sobrepasa; no

se trata de gestionar la “materia”, sino las “maneras” muy diferentes de hacer rentable la empresa en todos los mercados en los que opera (L.E. Alonso, 2001, “New myths and old practices: postmodern management discourse and the decline of fordist industrial relations”, en *Transfer. European Review of Labour and Research*, vol. 7, n.º 2). Las lógicas mecánicas deben subordinarse a lógicas comerciales y relacionales, el servicio tiene que ligarse a formas variadas según el cliente. La empresa cambia de lógica y debe gestionar flujos y no sólo *stocks*, situarse en una actitud “interactiva” con su medio y considerar sus proyectos ya no de manera secuencial, sino de manera sistemática. Este cambio de unidad de medida es fundamental, pues conduce a considerar a toda la empresa como una empresa de servicios diversos, incluso si es productora. Esta conciencia la vuelve menos “rutinaria”.⁷

Si este diagnóstico se lo hubiéramos escuchado a un analista de tendencias en los años 70 sencillamente no habríamos sabido qué diablos nos estaba contando. Aun hoy, resultaría imposible entenderlo deductivamente si no fuera porque los ejemplos se han anticipado al marco capaz de conceptualizarlos. Google, por ejemplo, es una empresa paradigmática que empezó invirtiendo en “productos” que no sabía cómo comercializar. No vendía nada ni cobraba nada por sus servicios, cuyo objetivo

7. Luis Enrique Alonso: “La sociedad del trabajo: debates actuales. Materiales inestables para lanzar la discusión”, Encuentros del CIS, Segovia, 2004.

fundamental parecía consistir en “posicionarse”, filtrarse “entre” cualquier relación posible. Comenzó a cartografiar el mundo sin saber bien qué tipo de rentabilidad podía proporcionarle, revolucionando así los modelos de negocio al no plantear de entrada ninguno. Parfraseando al artista: “Google no busca, encuentra”. Una vez que aprendió a facturar miles de millones por “cosas” que, como el *Big data*, nadie podría haber identificado antes de producirlas, comenzó a archivar a gran resolución obras de arte, a digitalizar libros, a regalar almacenamiento o a cartografiar la cara oculta de la luna. Ni que decir tiene que la financiación de estos objetivos requiere por parte de los inversores una capacidad de anticipación cercana a la absoluta insensatez. Otro tanto cabría decir de Amazon, que creyó ser una librería, o de Facebook, que todavía hoy no sabemos bien qué diablos es.

Me gustaría poder poner también algún ejemplo de empresa financiera, pero la crisis del 2008 dejó bien claro que ni ellas mismas tienen ni idea de con qué comercian. Incluso las empresas que todavía están “lastradas” por sus productos y que todavía producen cosas que, de alguna manera, saben cómo van a comercializar, hace tiempo que están deslocalizadas: sabemos que Nike está en la 5ª avenida, porque identificamos la empresa con su escaparate, o que no sé qué supermercado está “en cualquier dirección a 5 minutos”, pero nadie sabría de-

cir dónde esta Nike en la misma medida en que todo el mundo sabía que la Ford estaba en Míchigan. Porque Nike, en realidad, no produce zapatillas, vende marca, un “producto” que le permitirá adaptarse a cualquier necesidad, todavía indefinida, el día que nos dé por dejar de correr: “simplemente lo haremos”. De la misma forma, cuando pensamos en un trabajador de Bershka, pensamos indefectiblemente en un dependiente de un comercio minorista, jamás en un productor manufacturero, al que la propia empresa tampoco pone cara. Estas empresas *soft* parecen agazapadas. Si no fantasean con *start-ups* visionarias, permanecen a la escucha. Inditex no es Balenciaga, no “marca tendencia”, más bien sale a su caza (*cool-hunter*). Y desarrolla una estructura extraordinariamente flexible, con un núcleo corporativo mínimo y una actividad estratégica difusa, capaz de adaptarse con rapidez a cualquier indicación del entorno a través de un cuerpo externalizado. No son una factoría, ni un edificio, ni siquiera un organigrama, sino una firma, capacidad de decisión en red, una especie de organismo vivo que recibe información y responde a sus estímulos, diluidos en los flujos de la vida y con su atención distraída por cualquier cosa susceptible de ser explotada comercialmente. No tienen física, ni mecánica, ni estructura. La mejor manera de caracterizarlas sería recurriendo a las metáforas deleuzianas que han alimentado el imaginario estéti-

co de las últimas décadas: el rizoma o el cuerpo sin órganos. O los nervios fuera de la piel, o el cerebro fuera del cráneo...

Desde luego, el tipo de trabajo que demandan estas empresas es cualquier cosa menos rutinario, silencioso, mecánico, rígido, adocenante. Exige de todo menos “fuerza de trabajo”. De nuestra frente no espera “sudor” sino creatividad, conocimientos, nuestras experiencias y nuestros afectos, nuestro tiempo productivo y nuestro tiempo reproductivo. *Todo* nuestro tiempo y en cualquier espacio. El término foucaultiano de biopoder se adapta constantemente y amplía su radio referencial para tratar de explicar ese fenómeno inédito por el cual el empresario pone la vida misma a trabajar⁸. Si las oficinas de Google, tan atractivas, tienen restaurantes, locales de ocio, gimnasios, habitaciones y guarderías es porque están pensadas para que sus empleados vivan en ellas 24/7, y cedan a la empresa su sabiduría, su ingenio, sus pasiones, sus relaciones afectivas y reproductivas, sus sueños.

Podríamos pensar que Google, aún siendo la corporación que marca tendencia, es en realidad una empresa atípica, muy lejos de nuestra realidad – todavía muy fordista– que emplea a un número despreciable de trabajadores. Pero no es difícil conocer a alguien que haya trabajado en Decathlon, una

empresa que espera que sus trabajadores sean no solo su imagen corporativa sino su publicidad integrada en los circuitos comerciales de sus productos, que sean consultores, probadores y promotores. A pesar de que mantenga con ellos una paradójica relación paterno-filial de infidelidad: desde el mismo momento de la entrevista les anticipa que ese trabajo no es para ellos, que se merecen más y deben aspirar a algo mejor, que si contratan trabajadores sobrecualificados es porque están de paso, mientras acaban su TFG o TFM y encuentran algo mejor. En coherencia, no va a sindicarlos, ni siquiera a pagarles un salario, tan solo a darles “la paga”, como un padre que espera que sus hijos abandonen el nido. Esa paga les vendrá bien para “sus gastos”, siempre y cuando no dejen de ser jóvenes, es decir, mientras no se emancipen.

Pero tampoco hace falta acudir a las grandes corporaciones. Ningún joven en España ha evitado trabajar en un bar de copas en el que, sin duda, le habrán hecho saber que su “trabajo” incluye su aspecto físico, su capacidad de atraer a la clientela, con su cuerpo, con su labia, con su actitud y con su lista de amigos en las redes sociales. Le habrán mandado mensajes fuera del horario laboral y le habrán pedido no solo que se quede más horas de las contratadas –para lo cual no deja de ser conveniente que intime con compañeros de trabajo, e incluso con clientes– sino que,

8. Andrea Fumagalli: “Cognitive biocapitalism, the precarity trap, and basic income: post-crisis perspectives”, Paper for the Espanet Conference, Torino, 18-20 sept, 2014.

al salir –solo físicamente– del trabajo, espíe a la competencia y comente con sus colegas cómo implementar sus estrategias. Y toda esa dedicación, ya no solo trabajo, se verá recompensada con la no renovación trimestral del contrato, no sin antes asegurarles que siguen contando con ellos, proporcionándoles el tiempo necesario no solo para evitar que se acostumbren a una relación laboral sino para permitirles experimentar la mala conciencia de pensar que si les han echado ha sido, en el fondo, por no saber inglés –o ruso, o chino–; y para permitirles consagrar –hasta– el tiempo –y el dinero– del paro en formarse, en hacerse más competitivos, en aprender idiomas o ampliar la lista de amigos –y potenciales clientes– en Facebook, es decir, en adaptarse de mil maneras a las necesidades expandidas del sistema.

Hasta los años 70 el trabajo era eminentemente “productivo” en una dimensión marcadamente material: los trabajadores fabriles producían objetos que podían ser claramente poseídos por los sujetos, física y mentalmente: coches, lavadoras, trenes o barcos. Sin duda, hoy también se producen camisetetas, móviles o videojuegos, pero, cada vez más, se produce marca, posicionamiento en el mercado, opinión, *big data* o habladorías. El modelo de negocio de Onassis era más fácil de explicar que el de Zuckerberk. Y, desde luego, era mucho más sencillo identificar a los trabajadores de la Ford –de hecho, los

hermanos Lumière los pudieron grabar saliendo de la fábrica– que a los trabajadores de Nike. No me refiero solo a que, más allá de los vendedores en el comercio minorista que, en todo caso, tienen un altísimo nivel de rotación, las propias empresas sean incapaces de saber quiénes están trabajado para ellos –el nivel de externalización de los procesos de producción es tan alto que cuando una empresa se defiende afirmando no tener conocimiento de si está empleando menores en régimen de semi-esclavitud muy probablemente no esté mintiendo, lo cual, obviamente, no le resta responsabilidad– sino que sería ridículo identificar a los trabajadores de Google con sus asalariados.

No es solo que Cabify no tenga ningún trabajador, es que el modelo de negocio de Facebook está basado no solo en que sus usuarios trabajen para ellos –generando opinión, relación, capital social y sentimental– sino en poner a trabajar “la vida misma”. No es solo que los contenidos de Facebook los estén constantemente produciendo sus supuestos clientes, convirtiendo a todos los consumidores en productores, sino que nuestro movimiento del ratón o incluso de la pupila, nuestro desplazamiento físico, incluso la más leve afirmación de nuestro deseo, es susceptible de ser mercantilizada. Es un hecho que la mercancía con la que comercia Google es desconocida no solo para sus productores, sino incluso para sus gestores.

Pero es que, además, olvidamos que industrias mucho más “materiales”, como la de la ropa, la alimentación o la experiencia, se nutren de un poderoso sistema de “publicidad integrada” en el que no solo nuestros cuerpos convertidos en imagen y, por lo tanto, en mercancía, sino nuestra misma existencia en su dimensión semiótica –eso que llamamos subjetividad pero que podríamos llamar sentido de la vida– alimentan unos sistemas de influencia mutua generalizada –que han mejorado notablemente lo que tradicionalmente llamábamos envidia– que han extendido la explotación de la vida hasta alcanzar los últimos rincones de la existencia.

Ante los ejemplos expuestos, se entiende que cuando se reclama una renta básica no se está hablando de una especie de sistema caritativo global sino de un mecanismo de racionalización de la nueva economía productiva que permita reconsiderar sus indicadores. Desde Marx para acá, el cálculo del valor de las mercancías ha estado ligado a la medición del trabajo vinculado en su producción. Pero si bien parecía relativamente sencillo calcular el capital humano empleado en la producción de un Ford T, no parece tan fácil calcular el trabajo vinculado en la producción de lo que quiera que esté traduciendo Google en beneficios. Y no solo por todo lo expuesto anteriormente sino porque, además, los bienes producidos ya no son privados: el valor de un Ford T guardaba

relación con el hecho de que el que tenía yo no lo podías tener tú, mientras que el valor de un producto cultural aumenta cuando es compartido. El coste que produce un cliente nuevo de Netflix no es ni remotamente comparable al de un nuevo cliente de la Ford, o de los servicios de un fisioterapeuta, razón por la cual las corporaciones de la distribución de información negocian individualmente el precio de sus productos hasta el punto de que resulta imposible saber qué vale realmente una tarifa de móvil o el acceso a una plataforma digital. Hasta los años 70 el regateo caracterizaba a las economías precapitalistas o en vías de desarrollo. Hoy vivimos regateando los precios de los productos de la economía más avanzada con teleoperadores. Una incertidumbre que afecta a productos mucho más materiales, como una butaca de avión o una habitación de hotel.

La cuestión es que la relación entre producción y trabajo se ha hecho muchísimo más difusa, lo cual no quiere decir que haya dejado de existir. Para que funcionen los nuevos modelos de negocio –referentes no solo de la economía–, tipo Airbnb o Cabify, no solo hace falta una aplicación que ponga en relación consumidores y “productores”, es necesario que miles de ciudadanos estén dispuestos a “prostituir” sus espacios privados, convirtiendo potencialmente cualquier coche en un taxi y cualquier casa –o espacio con techo– en un hotel. Pero también es necesario que todos los

ciudadanos del planeta deseemos visitar los centros comerciales de la ciudad de al lado, que nos parezca justificado derrochar recursos, personales y naturales, en hacer las compras navideñas a 1500 km de casa; que difundamos orgullosamente estas actividades, movilizandole toda nuestra capacidad retórica para socializar nuestras necesidades, pretendidamente diferenciales, como parte de la mejora de nuestra imagen personal –lo que hasta hace poco eran aburridos álbumes de fotos despliegan hoy digitalmente recursos propagandísticos que anonadan a los publicistas y los profesionales de la imagen. En definitiva, para que nuestro sistema productivo funcione es necesaria una cantidad inédita de trabajo, es necesario que todos pongamos constantemente todas nuestras capacidades al servicio del sistema en un régimen de auto-explotación sin parangón.

Ese modelo de actividad literalmente ha sublimado –en el sentido químico del término– el concepto de trabajo. No solo lo ha invisibilizado, desdibujado, deslocalizado, precarizado, sino que, sobre todo, lo ha desprestigiado como fundamento de derechos y deberes, como base del imaginario de lo social y lo político, como modelo de identidad colectiva, como pauta de regulación del tiempo continuo, compartido, sincronizado. Este trabajo sublimado sigue teniendo una relación privilegiada con el relato biográfico del sujeto (pos) burgués, pero ya no porque defina la es-

tructura narrativa de su guion –planteamiento-nudo-desenlace– sino porque evidencia su imposibilidad. El mercado laboral no permite siquiera pensar en una etapa definida de formación reglada –planteamiento– que se convierta en base de la negociación colectiva –vinculando titulación y salario– y de la distribución de papeles y responsabilidades. La formación de equipos y el reparto de tareas en las empresas lábiles se adapta a proyectos, de ciclo corto, creando esquemas jerárquicos de geometría variable completamente ajenos a los sistemas de promoción basados en la titulación y la antigüedad. Ya no se valora la experiencia sino la competencia, que, ligada a objetivos muy oportunistas y *ad hoc*, exige menos conocimientos que destrezas –productivas, sociales o psicológicas–, capacidad de adaptación y gestión de las habilidades –cognitivas pero también emocionales. Hoy el trabajador es un consultor capaz de idear estrategias a corto plazo y de actuar como “vaselina humana”⁹, filtrándose entre equipos eventuales y engranándolos en dinámicas específicas y para fines concretos y puntuales. Esta constante redistribución de papeles convierte la gestión de los recursos humanos en una parte esencial del aparato productivo y en un *casting* permanente que nos

9. Un concepto de Luciano Bianciardi (*La vita agra*) utilizado por Paolo Virno para explicar la naturaleza de los nuevos trabajos en la industria cultural en *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Traficantes de sueños, 2003.

obliga a reivindicarnos y reinventarnos incesantemente. La “formación permanente” se convierte, de hecho, en una deformación permanente que implica la desconstrucción de todo lo conocido, especialmente si adopta la forma de experiencia, es decir, de una manera preconcebida y normalizada de hacer y enfocar las cosas.

Lo que antes llamábamos paro –y conceptuábamos como un problema social estructural susceptible de ser atajado con políticas públicas–, hoy se llama inempleabilidad, y alude a la incapacidad *personal* para adaptarse a las necesidades del sistema –que no *atiende a necesidades* sino que necesita generarlas. El miedo a esta inhabilitación social, mezclado con mala conciencia, no solo presiona sobre los logros adquiridos por los trabajadores en las épocas del pleno empleo sino que anima al individuo a gestionar individualmente la inseguridad. Hemos interiorizado los despidos –que durante años se interpretaron como estrategias empresariales contra los derechos laborales que debían ser contrapesadas mediante la negociación colectiva– como una derivada de nuestra insuficiente adaptación a las leyes darwinistas, también “naturalizadas”, de unos “mercados” ficticiamente desvinculados de las decisiones de unos pocos agentes muy concretos.

Esta versión eufemística del paro genera unas “carreras” zigzagueantes, con constates entradas y salidas del merca-

do, que también cumplen una función sistémica en la desestructuración de las categorías. La derogación del convenio que representaba la vida laboral como una sucesión de estadios –formación, producción y jubilación– definidos por la titulación y la antigüedad, produce una miriada de posibilidades “contractuales” –empleos discontinuos, temporales, fijos discontinuos, parciales, en formación, en prácticas, de relevo, de inserción, autoempleos, *mini-jobs*, por obra y servicios, autónomos, desempleo estacional, prejubilación...– y situaciones atípicas. No es solo que haya becarios cuarentones, personal en prácticas asumiendo grandes responsabilidades, cincuentones jubilados o “haciendo méritos”, sino que todas estas situaciones son compatibles y eventuales: anualmente se producen millones de tránsitos entre categorías laborales que se remuneran de forma variable y se organizan en horarios anualizados que convierten el espacio-tiempo de la modernidad en algo aún más vacío.

En conclusión, se acabaron los días en los que los padres podíamos recomendar a nuestras hijas que estudiaran ingeniería de caminos con la convicción de que un esfuerzo en un tiempo concreto para obtener una determinada titulación aseguraría una estabilidad laboral y, a partir de ella, una vida plena de objetivos a largo plazo.

Si el mercado no favorece los planteamientos, menos aún los nudos. Cual-

quier relación que no pueda disolverse tras la finalización de un contrato por obra solo puede considerarse un lastre: una relación afectiva, no digamos un hijo, una hipoteca, un núcleo de amigos, un apego al terruño, un perro –si acaso un gato–, una nacionalidad, un idioma, una maleta que tenga que facturarse, un *hobby*, incluso un hábito, cualquier cosa que no pueda venderse en un *garage sale*, puede convertirse en un lastre en un mundo que valora por encima de todo la disponibilidad espacial y temporal. Nos obliga a aceptar no solo agendas, horarios y calendarios de trabajo muy sobrecargados sino, sobre todo, a soportar cargas mentales inconciliables con otras expectativas vitales. Tener un hogar al que querer volver solo puede distraernos de un ritmo de trabajo cada vez más intensivo que se desborda sobre la vida privada –entendida incluso como una reserva mental–, que desdibuja la idea de un espacio-tiempo reservado al trabajo y otro “a lo personal”, uno dedicado a lo público y otro a lo íntimo.

No hace falta comentar las posibilidades que de sortear estas fronteras, fundamentales en la cartografía del mundo burgués, nos brindan los aparatos electrónicos. Cuando se habla de inempleabilidad a partir de los 50 no se hace referencia a un problema físico sino mental: se puede ser joven –honorario– hasta los setenta, siempre que no se cargue la “mochila” típica de una generación que accedió al mercado de

trabajo en el fordismo, y que, en consecuencia, presumiblemente habrá probado el veneno de los derechos laborales e incluso habrá adquirido compromisos personales y simbólicos con sus expectativas vitales. Entre esas expectativas se encontrará, sin duda, la de tener un tránsito suave –en virtud de las prebendas de la antigüedad– hacia una jubilación “merecida”. Pero el “relato” biográfico posfordista, sin planteamientos ni nudos, no puede, obviamente, conducir a un desenlace. Ese momento, central en el imaginario burgués, en el que alguien sentaba a su nieto en las rodillas y, mirando hacia atrás le decía, parafraseando a Nietzsche, “así lo quise”, nos resulta ya hasta *kitsch*. Las antes comentadas entradas y salidas del mundo laboral cumplen su función de desanclaje y alientan la (de)formación permanente, pero también destruyen la base de cotización en la que se cimentaba el relato fordista, fundamentalmente contributivo. Cada vez resulta más plausible que el modo de abordar el preocupante envejecimiento de la población sea tan sencillo como atrasar el concepto de vejez: si la emancipación se retrasa a los 30 –y tantos–, la maternidad a los 40, nos divorciamos a los 60 y alcanzamos los 30 años de cotización a los 70, bien podríamos iniciar la vejez a los 80, y distribuir los años de inactividad a lo largo de toda la vida, en lugar de a su comienzo y su final...

En definitiva, mientras el trabajador fordista interpretaba un personaje co-

herente –como los del cine clásico–, si cupiera hablar de un guion biolaboral posfordista estaría escrito siguiendo la lógica de los culebrones, que adaptan el carácter de los personajes a la ley del *share*¹⁰. Un guion que exige capacidad de adaptación a cambios bruscos en la trama que no necesariamente responden a razones de productividad. Las mejores *start-ups* no han optimizado la producción, tan solo han sofisticado los mecanismos de explotación, logrando convertir a todo el mundo en trabajadores de una empresa sin empleados. Por ello, desde los 90 pueden crecer simultáneamente la economía y el desempleo. Tras innumerables avances tecnológicos, el saneamiento de los balances se persigue, como en la época de Marx, reduciendo los costes laborales, una expectativa favorecida por el desmontaje del proteccionismo de la sociedad del bienestar –incluyendo la política arancelaria– y por el excedente de mano de obra vinculado al abandono del modelo del pleno empleo. Este excedente se supone fruto de la digitalización y robotización de la producción, pero lo es sobre todo del incesante aumento de los niveles de exigencia, de la intensificación y saturación de las jornadas de trabajo, de la globalización laboral –que no sindical– que nos obliga a competir con socieda-

des que no conocieron el imaginario del fordismo y en las que se trabaja en régimen de semi-esclavitud, de la presión financiera que define objetivos cada día más ambiciosos... En fin, de la generación de un escenario de competencia e inquietud global: ¡proletarios de todos los países, competid!

El objetivo fundamental del posfordismo no es aumentar una productividad que, si no fuera por los mecanismos compensatorios supervivientes del fordismo, habría acabado ya con la capacidad de asumir sus propios frutos, sino revocar cualquier remanente de seguridad, continuidad y previsibilidad, desmantelar –y, además, desprestigiar– cualquier resto de estabilidad –laboral, ideológica, simbólica o política– y cualquier acuerdo social capaz de revertir esta tendencia. La precarización de la existencia –física y simbólica– no es un daño colateral del sistema sino su producto estrella –igual que la estabilidad y la igualdad lo eran del fordismo. La institucionalización de la inestabilidad no supone una mera reforma o adaptación del capitalismo keynesiano, sino la virtual demolición de sus fundamentos, asentados en una ética del largo plazo.

Los cambios en los tiempos de trabajo también socavan la ética del trabajo de las personas, que según Max Weber es una ética de la gratificación aplazada. En otras palabras, supone autodisciplina en la actividad presente en nombre de los objetivos a largo plazo. Sin embargo en un modo de organización flexible, retra-

10. José Luis Pardo: “La obra de arte en la época de su modulación serial. (Ensayo sobre la falta de argumentos)”, en José Luis Molinuevo (ed.): *¿Deshumanización del arte? (Arte y escritura II)*, Universidad de Salamanca, 1996.

sar algo es arriesgarse a perder el fruto del propio trabajo. Además el sacrificio a la espera de una recompensa futura se vuelve ilógico cuando una sabe que una organización no permanecerá a largo plazo. En consecuencia, toda la fundamentación de nuestra ética tradicional del trabajo, a saber, la gratificación aplazada, ha perdido racionalidad económica.¹¹

La multiplicación de los riesgos sociales –fractura social, desafección, populismo...–, la instrumentalización del miedo y la “privatización” de la negociación colectiva, la interiorización de estos factores y su traducción en autoexigencia y autoexplotación, la degradación de la ética del trabajo, la extensión de la confusión y el derrotismo, a través del uso sistemático de la mentira y el amarillismo, como forma de enervar cualquier alternativa racional y de globalizar la sensación de fatalidad pueden no favorecer la producción, en términos tayloristas, pero destruyen cualquier oposición a la dictadura de la productividad. Entre otras cosas, porque también debilitan la representatividad política. Antaño vinculada al objetivo de la igualdad y del derecho al trabajo, hoy se dispersa en las más variadas formas del derecho a la diferencia: el paradójico recurso a la identidad como mecanismo para brindarle sentido, estabilidad y

continuidad personal a un mundo corporativamente desequilibrado favorece la división de las demandas sociales, tan segmentadas como el propio mercado. La institucionalización del desorden no solo desestabiliza la subjetividad, carente de referentes sólidos, de posibilidades materiales y aún de estímulos éticos o estéticos para orientar su existencia hacia el sentido, sino que desarma cualquier criterio para la definición del progreso y el bienestar, para la acción social y la reivindicación política.

En definitiva, el (pos)trabajo conserva –y renueva– en el posfordismo su dimensión simbólica y estructurante –en este caso desestructurante. Lo que justifica que continúe concitando el interés del arte. Ahora bien, en esta nueva (des) coyuntura ¿qué papel le podría corresponder a un arte decidido a entenderse a sí mismo como un modo –significativo– de hacer? Tendremos que abordar esta respuesta en otro artículo. En este nos tenemos que limitar a dejar claro que esa respuesta dialéctica de las modalidades estéticas no puede plantear como alternativa “un espacio en que el individuo podría al fin desplegar la totalidad de su experiencia”, ni se enfrenta a “las normas draconianas [de] la producción en masa y la estandarización de los bienes de uso”, o a la “miseria de lo cotidiano” derivada de “la vacuidad de nuestros trabajos”, sino a un escenario mucho más perverso.

11. Richard Sennet : “Trabajo y tiempo de trabajo en el siglo XXI”, en AA.VV. *Claves para el siglo XXI*, Unesco / Crítica, 2002, p. 389. Cit. en Luis Enrique: Alonso: *La crisis de la ciudadanía laboral*, Anthropos, 2007.

José Díaz Cuyás, Paula García Masedo,
Beatriz Ortega Botas, Alberto Vallejo,
Gloria López- Cleries, Cristina Maya, Daniel Barreto,
Ramón Salas, Sofía Gallisá Muriente, Pablo Guardiola,
Michael Linares, Pablo López Álvarez, Edu Fernández y
Patricia Fernández Antón

Edición a cargo de:
Néstor Delgado, Alejandro Castañeda y Dani Curbelo